

WALKERS
COMMUNITARIANS

Flores Cordiales



ORDENO Y MANDO...

Las *socias* y los *furciales* que padezgan de neurosis ú estén pa golverse *chales*, tomarán la primer dosis de nuestras FLORES CORDIALES.

Comprándonos estas FLORES d'alegría y juventú, se curarán sus dolores, porque no las hay mejores pá degolver la salud!

Las personas que s'estimen —sian cabayero ú señora—

de comprarlas no s'esimen, porqu'ha yegao ya la hora crítica del *apoquinen*.

Tién mis FLORES la virtud de gobernos la salud perdida, porque son FLORES con aromas y colores d'alegría y juventú.

La juventú y la alegría curan la melancolía. Las FLORES CORDIALES SON —según la *timología*—

las flores del corazón.

¡Eh, señoras y señores! ¡Vengan a comprar las FLORES CORDIALES que les ofrezgo, y en nombre de sus autores dend'ahora se lo agradezgo.

Pero el que quíá florecitas tan perfumás y bonitas, vaya aflojando el *percal*, porque estaría mú mal llevárselas de *rositas!*...

Carlos Miranda.



15 céntimos.

06 AGO 2012

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

MADRID, CALLE DE FUENCARRAL, 27

La Casa
COPPEL
garantiza la
buena marcha de todos
sus Relojes
acompañando á cada uno
su **CERTIFICADO DE
GARANTIA**

Catálogo
gratis.

Taller de
composturas.

Remesas
á provincias.

RELOJES DE PRECIO BAJO, RECOMENDABLES

CLEOPATRA ≡
Reloj extraplano
para caballero, en
acero, con esfera
metálica, á
Pesetas 18.

TUDOR ≡≡≡
Reloj plano para
caballero, en ní-
quel, con esfera
blanca, á
Pesetas 10.

BERLIN ≡≡≡
Reloj fuerte para
caballero, en ace-
ro, con esfera de
gran lujo, á
Pesetas 13.

ELOISA ≡≡≡
Reloj plano de se-
ñora, en acero,
con esfera blanca,
á
Pesetas 12.

CARDENIA ≡≡≡
Reloj plano para
señora, en acero,
con adornos en
color, á
Pesetas 20.

SPORTSMAN ≡
Reloj-Pulsera,
gran novedad
plata con pulsera
de correa, á
Pesetas 20.

CALCUTA ≡≡≡
Reloj de pared,
regulador, 65 cen-
tímetros de altu-
ra, á
Pesetas 15.

ZEUS ≡≡≡≡
Reloj despertador
de sobremesa, 10
centímetros de al-
tura, á
Pesetas 6.

A PLAZOS

Al personal de guardia civil y carabineros se le pasa cargo, en cuatro plazos.

LA HERNIA

UN INVENTO VERDAD

El director del Instituto Moderno, plaza de Santa Ana, 11, principal, Madrid, **GARANTIZA** la contención absoluta de las hernias (quebraduras), por voluminosas y difíciles que sean, con el **invento Litter**, y lo somete al examen de todos los señores **médicos**. La **curación radical**, no, porque es imposible en los adultos. El **vendaje Litter**, que no se parece á ningún otro, permite los trabajos más rudos, incluso montar á caballo; evita todos los peligros, es **invisible** y se puede dormir con él sin molestia. El **invento Litter** lo recomiendan todos los médicos y cirujanos del mundo, por ser el aparato más científico, cómodo y seguro.

Unico en España para la venta y aplicaciones, Instituto Moderno Madrid, Despacho: de 10 á 1 y de 3 á 7. Folletos gratis. Faja ventral (premiada) Litter, para señoras de vientre caído y delicado.

Polvos ingleses para es-
maltar la dentadura.

CAJA, UNA PTA.

Farmacia central de la Victoria.

VICTORIA, 6 y 8.—MADRID

Al portador de veinte
se le regalará una caja **CUPONES**

Interesante.

Hay un joven que desea habitación en casa de viuda ó soltera, joven también, y á ser posible bien pagada.

No la faltará nada. Dirigirse con señas á la Lista de Correos, Cédula número 4.340.

Impotencia.

Espermatorrea y esterilidad.

La curan las célebres píldoras **tónico-genitales** del doctor Morales. **CARRRETAS, 39, Madrid.** Farmacias, á 30 rs. caja.

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

— Apartado de Co-
rreos, número 48. —

Madrid 15 Septiembre 1907.

DE FLOR EN FLOR MI PARÁCLETO

He trazado ese título con un leve temor; luego, cuando lo he visto, acabadas las letras y completas ambas palabras, he sentido espanto. ¿Qué va á decir de mí el lector piadoso, amigo de toda llaneza y necesitado de toda claridad? Diga lo que dijere, yo estoy necesitado hace tiempo de un refugio espiritual donde decir mis cosas á mi modo, entre hosco y divertido, entre sentimental y cínico. *Mi Parácleto*—dicho en mal griego para mejor entendido—será eso: mi casa propia, el lugar de aislamiento y de consuelo que buscó Abelardo para saborear más á gusto el amor de Eloísa.

Así, esta página tendrá horas románticas y horas de apacible y vano positivismo. Hay días en que me siento economista y manejo los números con aquella facilidad con que suele quien no sabe convertirlos en pesetas para su provecho; otros días me invade un asqueamiento absoluto de este sestear de un pueblo que llamamos en los artículos políticos «vida nacional». Un hombre, como yo, que padece tales tribulaciones intelectuales, no puede responder de sí sin engañar á quienes le crean. No me creas tú, jamás, lector mío; léeme si te place, y luego piensa lo que mejor se te antoje. Acaso, si con cuantos escribimos se hiciera lo mismo, andaría más ordenada nuestra desvalida República de las Letras.

* *

Muertos el *Pernales* y la compañía—como decimos los de aquella tierra baja—apenas queda cosa verdadera y genuinamente nacional en que ocuparse. Estamos destruyendo nuestra única auténtica tradición nacional sin que acertemos á sustituirla con una realidad de nación moderna. Dentro de pocos años, en Marruecos habrá luz eléctrica—ya la tienen en Tánger, y teléfono y telégrafos y ferrocarriles y tranvías y tarjetas de visita á peseta el ciento—que, según el Dr. Thebussem, es una de las más grandes conquistas de la democracia. Todas las formas aparentes del progreso habrán arraigado allí, en aquel Norte africano, tan nuestro como la propia Península, y no será cosa rara, sino harto frecuente, que cualquier morazo recree á las ninfas de su harén con el antipático, odioso y abominable ruido del fonógrafo. Exactamente igual que en España... Pero Marruecos seguirá siendo Marruecos, y el salvaje que cada hijo del Profeta lleva dentro seguirá siendo tan cumplidamente salvaje, como lo fueron sus antecesores. Reos de la civilización militar y de la civilización mercantil y de la política y de la ingenieril. No hay más civilización que la que puede hacer el maestro de escuela, y ése... Alá se lo dé á los marroquíes y la Divina Providencia á los españoles, porque en balde lo esperarán

de políticos y diplomáticos. Al fin y al cabo, la diplomacia no es más que el arte de disimular el egoísmo colectivo, y la política el arte de explotarlo.

Hay una medida de cultura que es infalible: el respeto á la mujer, el respeto absoluto, hasta en sus errores y en sus culpas. Estos días, los periódicos ilustrados—por una paradójica sinonimia llamamos ilustrados á los periódicos *con monos*—han reproducido un grupo en el que aparece una mujer, la amante del *Pernales*, rodeada de buen golpe de guardias civiles, y al mismo tiempo otros periódicos han referido las torturas sufridas por una española que huyó de Casablanca al campo moro en seguimiento de su amante. Yo me descubro y me descalzo ante toda justicia, hágase en nombre de un dios falso ó de un dios verdadero, y para mí sus fallos «nadie los toque»; pero no creo que sea faltar á estos respetos de hombre civilizado decir que ambas mujeres, por amadoras y perdidas que parezcan á las honradas gentes, me han producido hondísima pena. No menos atormentadas y padecidas las hay á centenares y á millares en el lado de allá y en el lado de acá del Mediterráneo. En Galicia y en el Riff se las unce al arado; en Madrid y en Fez se las degüella, y cuando no se las tiene para bestias de carga se las encierra para bestias de placer en harenes más ó menos suntuosos. Ni la turbina ni el micrófono, ni las hondas hertzianas, ni el radium, poseen virtud milagrosa para raer del alma masculina estas supervivencias de salvajismo. De donde yo deduzco que esto que llamamos civilización, no lo es: pone todo su afán en transformar la Naturaleza y utilizarla para fines materiales y económicos, y una verdadera civilización debe concretarse á transformar al hombre haciéndolo lo menos hombre posible, alejándolo de su origen de bestia brava y curándolo de toda baja materialidad, hasta lograr que su inteligencia no sienta ni pasiones ni instos, ataderos que nos amarran á la escala zoológica.

* *

Aunque, en verdad, no vale la pena todo ello de ponerse tan serio como yo me pongo. Harto triste es la vida en este Madrid de caseros y usureros para que vengan manidas filosofías á aumentar nuestras congojas. Regocijese, pues, el lector, que el otoño se acerca y comienzan á abrirse los teatros en que el ingenio español se desborda. Antes traducíamos las obras; ahora traducimos la hora de cerrarlos. No tienen en cuenta el señor Laciervá y los espíritus superiores que aunque españoles por las dos cachas se sienten extranjeros, que en Londres es lógico que la gente se acueste á la hora de las gallinas, porque allí hay nieblas y fríos y nieves, que aquí no conocemos sino de cuando en cuando, y cuando tal sucede Juan Español se acurruca ante el brasero, y los teatros, no sólo pueden cerrarse temprano, sino que los más no se abren. Y esto sí que no puede arreglarse de real orden.

Dionisio PÉREZ

COSAS INTIMAS DE MI VIDA DE ESTUDIANTE

Allá va.

Fs el fragmento más episódico de mi existencia moza, un jirón de éxtasis funerario arrancado al manto cendal de los ensueños.

Hace ya muchos años...

Mi rostro imberbe delataba la edad de los amores apenas gustados, y en la cabeza lucía el tesón de peinar ondulantes cabellos, negros cabellos que al tiempo eran deudores del blanco matiz que hoy ostentan.

¡Quantus mutatus ab illo!

* * *

La soledad para el hipocondríaco, Budha para los pueblos hiperbóreos, el propio Balmes, que entonces era mi sentir, no tenían el atractivo que para este iluso de las veinte lunas en perpetuo menguante de hallar mujer quista tenía aquella casa, española por fuera, morisca por dentro, dorada á fuego, colgada de damascos y pedrería, enlucida de arabescos, oliendo á *stratus* de huri volada del paraíso de Mahoma.

Fué capricho del dueño, opulento capitalista, padre de Jacinto, estudiante de primero del Doctorado de Derecho.

Jacinto y yo habíamos tejido el filamento invisible de nuestras almas.

Y á la mansión refulgente acudí cien y mil veces á despertar el nervio auditivo y las fibras del corazón, escuchando, de la música el credo del arte, y de unos labios vírgenes el ritmo que acaricia la frente y baja luego surcando la entraña.

Del sello suntuosamente oriental de la morada, acaso también de mi cualidad altiva, obra de natura, de que soy irresponsable, nació el que me llamaran Abderramán.

Asistían á la tertulia familiar, Carsi, joven moreno,

de botines permanentes y rostro de mosquetero, y Margarita, flor entreabierto, descendiente del gran Ríos Rosas.

Margarita tocaba el piano.

No sé si era bella.

Sólo la vi, á través de lo impalpable, riente y luminosa, como las facetas de grana que esparce al despedirse la aurora, espiritual como el vellón de nube que recorre el espacio empujado por el soplo de Dios.

A Carsi, galán cobrizo, le pusieron Alí.

Y Alí se sentaba al lado de Margarita, ayudándola á mover los pedales.

Este detalle, unido al de los zapatos, invariablemente de charol, enfundados, y á la presunción de bailar mejor que una peonza, me hizo pensar que quien tanto cuidaba de sacar partido de los remos inferiores poco caudal debía poseer en la caja de las ideas.

Cuando conocí á Carsi, allí, en el recinto *musulmán*, ignoraba á Margarita. Cuando conocí á Margarita, visión seráfica, traté de ignorar á Carsi.

No bien el saetazo de Cupido hirió mi pecho, exclamé:

—¡Alí, eres mi esclavo!

Y Abderramán se lió el turbante á la cabeza, y comenzó el asedio car bonizando de coraje al tostado Alí.

El triunfo presentaba espinas.

Ella, elevada sobre la cúpula social; él, rico y ya entrenado en achaques de conquista; yo modesto espárrago que apuntaba desafiando los abrojos.

—¡Bah! —murmuré—.

Subir al sol ó descen-

der á la capa más profunda de la tierra, es lo mismo: la voluntad, cerrada en el troquel de lo imposible.

—¡Arriba!..



Celebrábamos la fiesta del Corpus. Margarita no concebía el mundo sin su Abderramán apócrifo. Pero Abderramán, un día que la frivolidad cayó á sus pies, mensajera de dudas, sintió menos intensos los aleteos del corazón.

El desvío inicial de Abderramán encendió más la pasión de la sultana.

Escucháronse las notas del *Fausto*, que preludiaba Laura, compañera de colegio de Margarita, y Margarita cantó.

Diva poderosa, de jaba suspenso el ánimo de todos anudándolo á las cuerdas flexibles de su garganta.

La expresión vibraba.

Yo sentí el vértigo de lo sublime y por la medula espinal correr la sensación de cosa desconocida.

La mirada de Margarita irradiaba destellos que abrían hondo cauce en mi sensibilidad.

Con ademán y acentos de verdadera desesperación, dijo lanzando torrentes de vitalidad y armonía:

¡Per che non posso odiarti!

De pronto sonó un tiro.

Salté del asiento, colocándome bravío cara á cara de Carsi, que, baldón de la especie, había disparado, ciego de celos, contra la infeliz Margarita, víctima ahora de horribles convulsiones.

La bala del revólver no pudo encontrarse.

Mientras robustos brazos le atenazaban, el maldito Alí aseguró que el arma únicamente tenía pólvora, proponiéndose por el terror ganar el cariño de Margarita.

ILUSTRACIONES DE A. MANCHADO.

¡He ahí, gallardamente demostrado, el talento de peroné abajo!

El escándalo fué espantoso.

Franqueada la puerta á la justicia, Carsi desapareció sometido al fuero de la Ley.

Vino el proceso, luego la prueba, la absolución, la libertad... Themis ha llorado siempre, desde Caín acá, desmembraciones de su imperio...



Triste es el epílogo.

Margarita perdió la razón que le arrebatara un loco.

¡Corpus de infausta memoria!

Abderramán hizo trizas el albornoz.

Moro fuí una vez... Quizás la falsa mixtificación, de negros crespones rodeada, fortaleció mi fervor cristiano.

Recluida Margarita en su casa, sin recordar la luz del cerebro, giraba de un lado á otro, mariposa inconsciente, ruiseñor atolondrado, cantando, más débil cada día, aquel grito de su martirio:

¡Per che non posso odiarti!

¡Per che non posso odiarti!

Yo contemplé amargado sus pupilas macilentas, opacas, y humedecí de lágrimas sus manos de pórfido.

A los ocho meses justos, á partir de la noche en que Eblis agarrotó al islamismo inocente, rezaba á Margarita una plegaria, y en su casto seno helado depositaba una flor.

Murió, como muere el cisne, cantando su agonía; como muere el tronco, perfumando el hacha que lo hiere...

Antonio MAURA.



ABD-EL-AZIZ

(Remitido expresamente para FLORES CORDIALES.)

La atención de Europa se halla concentrada en estos instantes sobre la puerta de los arabescos, por la cual vemos salir como unos cincuenta negritos esclavos, ataviados con traje rojo y unas cosas de muselina blanca á manera de sobrepelliz, que les hace asemejarse á nuestros monacillos.

Transcurren algunos minutos de expectativa y de silencio.

De pronto, un estremecimiento de religioso temor recorre las filas de los soldados.

La música entona una tocata ensordecedora y lúgubre, y los cincuenta negritos echan á correr, como si les acometiera un vértigo, desplegándose en abánico como una bandada de abejas.

Y allá abajo, en la penumbra de la ojiva, vemos dibujarse, jinete en espléndido caballo blanco que llevan de las riendas cuatro esclavos, una figura de armiño, toda velada de muselina; por encima de su cabeza se eleva un quitasol rojo, de forma antigua, como debía ser el de la reina de Java, llevado por otro criado; y dos gigantes negros, vestido de azul el uno y de rosa el otro, agitan unos plumeros á cada lado del sultán.

Y mientras la extraña figura informe, pero majestuosa, se adelanta en dirección á nosotros, las músicas, exasperadas, dejan oír notas más estridentes: una cosa que parece un himno religioso, lento y desolado, que acompañan, fuera de compás, furiosos redobles de tambor.

El caballo blanco brinca y se encabrita, costándole gran trabajo á sus conductores sujetarlo. Y nuestros nervios reciben no sé qué impresión angustiosa al escuchar la lúgubre y desentonada música.

He ahí, en fin, parado á corta distancia de nosotros á este último hijo auténtico de Mahoma, cruzado de sangre nubia.

Su traje, de lana fina como una nube, es de una blancura inmaculada.

Blanco es también su caballo; de oro los grandes estribos; la silla y el arnés son de seda, de un verde-agua muy pálido, ligeramente bordados de oro.

Los esclavos que sujetan el corcel, como el que lleva el gran quitasol encarnado y los dos que agitan los mosquiteros, son hombres hercúleos que sonríen ferozmente.

Y el conjunto de este ceremonial de otra edad, se armoniza con la música tristonja; encaja, como no cabe mejor, en marco de las inmensas murallas que yerguen en el aire sus almenas deterioradas...

Este ser con aspecto de fantasma, rodeado de

tanto aparato, es el último representante fiel de una religión y de una civilización en visperas de morir.

Es la personificación misma del secular Islam.

Su rostro moreno, apergaminado, al que sirven de dosel las blancas muselinas, tiene rasgos regulares y nobles; los ojos, cuyo blanco se ve aparecer debajo de la pupila, medio oculta por el párpado, son amortiguados y tienen una expresión de melancolía excesiva, de supremo cansancio, de supino aburrimiento.

Su aire es dulce y afable, y lo es realmente según dicen los que le tratan.

¡Hasta pretenden las gentes de Fez que es demasiado bondadoso y que no hace volar bastantes cabezas por la santa causa del Islam!

Pero debe ser, sin duda, una dulzura relativa, como lo que se entendía por dulzura entre nosotros en la Edad Media; una ñabilidad que no se sensibiliza extraordinariamente ante la sangre vertida, cuando cree necesario verterla... Es una personalidad aparte, que nuestra época no puede comprender ni juzgar, pero seguramente una personalidad que impone...

Y al verse delante de nosotros, que somos gente de otro mundo, que no podemos estar en su presencia sino algunos minutos, se le nota algo de asombro y de timidez, que comunica á su persona un encanto singular, completamente inesperado.

Doctor OV.

Fez y Septiembre, 907.

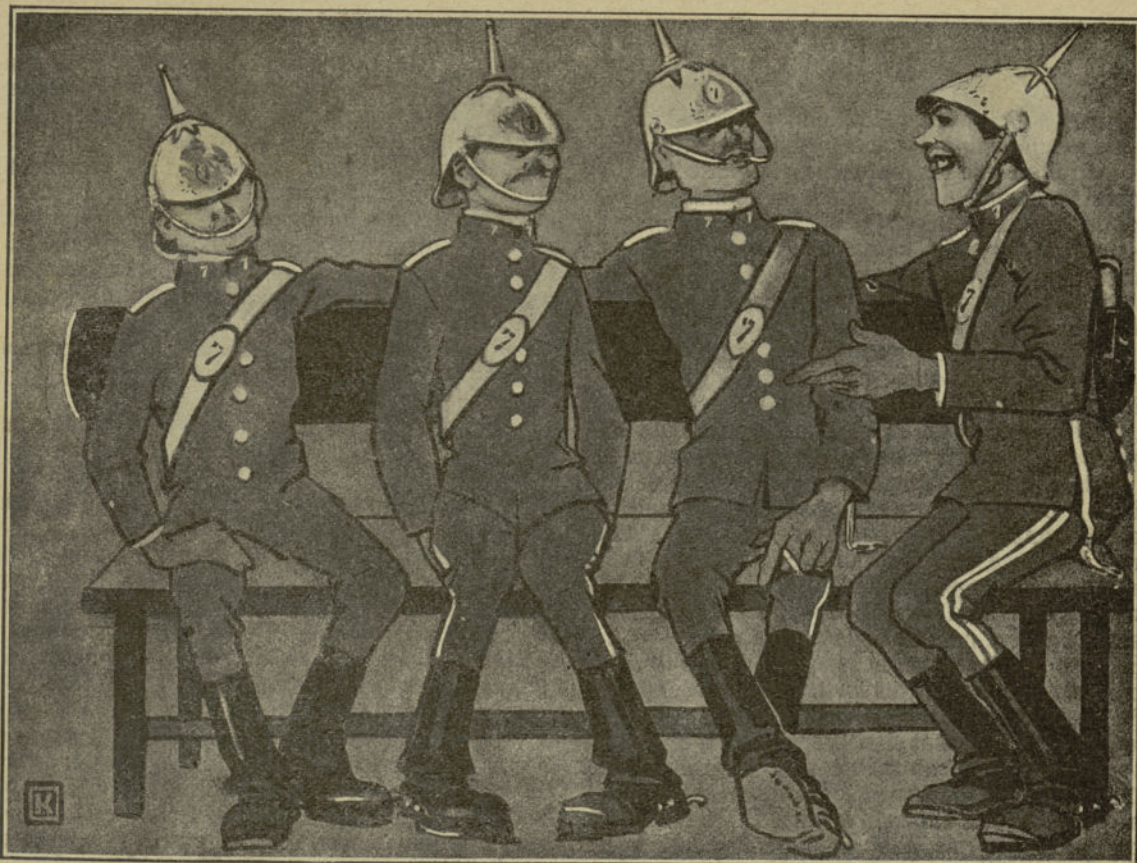
No sembréis junto á la carretera, ni levantéis puente en el torrente; y, sobre todo, no améis nunca á la mejor de las locas.

MICHELET.

HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...

Eso dice el popular sainete de Ricardo de la Vega. Se ha descubierto una nueva ciencia de esas que se llaman ocultas: la *onachomancia*. Por medio de ella puede predecirse el porvenir de las personas. ¿Cómo? Untando y restregando sobre las uñas un compuesto de cera y aceite, y exponiendo al sol los dedos después que hayan pasado por esa operación: la luz penetrará al interior de la carne, ni más ni menos que los rayos X que producen la fotografía de los cuerpos opacos, y mostrará sobre las uñas ciertas líneas, que son las que precisamente determinan lo que hemos de ser andando los años de nuestra vida. Hasta sus apóstoles tiene ya la nueva ciencia: cruzando los mares desde Nueva York, donde la onachomancia ha nacido, han venido á Europa varios sabios en aquella rama del conocimiento humano, predicándola y explicándola aquí con gran fervor y entusiasmo.

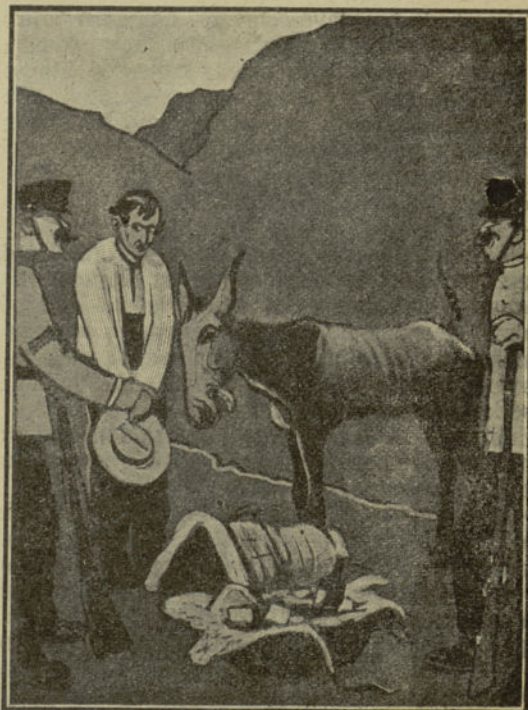
HOJA COMICO-MILITAR



—Rediez, qué mujer más *desplatanante!*... Tenía unas ollas de rancho *pa* dar de comer al crío, ¡lo menos para cien plazas!... Y una grupa, que *paecía* la del caballo del coronel, *talmente*.



—Dígame: ¿de cuántos meses está la burra?
—Puez... misté, zeñó carabinero, por mis cárculos..., eztá de ocho mese y un pico.
—Pues apuesto que está fuera de cuenta.



—¡Compadre! ¿Sabéis lo que sus digo?..
—¿Qué?
—Que con el ojo clínico que tenéis ustés, hacis abortar al mesmo Peñón de Gibrartá.

EL COLLAR

Enrique, aquel jovencuelo lindo y flexible como un paje medioeval, que hace dos inviernos frecuentaba los talleres de los pintores en boga, se hallaba moribundo. Sobre la albura de la almohada, su cabeza, de crespos y negrísimos cabellos, permanecía inerte; el regocijo había huído de sus labios exangües; por su rostro lampiño resbalaba la lividez etérea y como luminosa del último dolor.

Bebé, sentada junto al lecho, le observaba en silencio. Un enorme sombrero blanco, adornado por una flameante amazona roja, cubría su semblante pálido, donde los ojos grises, ojos largos de enigma, brillaban lascivos en el nimbo violeta de los párpados; y la gracia libertina de los ademanes, la brevedad pueril del talle, el entono robusto de las caderas y del seno, y aquel desasosiego con que los piececitos impacientes y bailarines herían el suelo, cual si desearan escapar de allí, contrastaban fuertemente con el aspecto de la alcoba, habitación desamueblada, sórdida; en cuyo ambiente flotaba el aliento acre y pesado de las agonías.

Bebé se ahogaba; una sensación de asco iba dominándola. Repetidas veces llevóse á la nariz su pañuelo de encajes, mojado en esencia de mujer. Aquel malestar invasor se sobreponía á su aflicción. No podía llorar, y con tal de salir pronto de allí no la hubiese importado que Enrique viviese algunas horas menos. En su ingratitud, Bebé llegó á sorprenderse de que hubiese mujeres capaces de besar á un cadáver.

De súbito, deseando concluir, preguntó:

—Pero... ¿cómo te hirieron?

Enrique abrió los ojos, luego los labios.

—Vas á saberlo—balbuceó.

Y haciendo un grave esfuerzo, comenzó á decir:

—Pronto hará dos meses que tú y yo pasamos por delante de una joyería de la calle del Príncipe. En el escaparate, colocados sobre un retal de terciopelo blanco, había dos collares: uno de esmeraldas, tasado en seiscientos duros; otro de perlas negras, valorado en seis mil pesetas... ¿Te acuerdas de ellos?

—Sí.

—Tú murmuraste: «¡Qué hermosos son!» Lo dijiste en voz muy baja, apretando los dientes, como expresamos siempre aquello que deseamos con toda el alma. Después, tus ojos se abrieron desmesuradamente, tus labios tuvieron una sonrisa fría... y en el acto adiviné que, de no comprarte cualquiera de aquellos collares, tú me engañarías...

Hubo una pausa que los ojos adorablemente traidores de Bebé llenaron con un vago gesto afirmativo. Enrique prosiguió:

—Desde entonces, aquel escaparate maldito fué mi obsesión. Todas las tardes una fuerza desconocida me llevaba á él, y allí, la frente apoyada contra su cristal, pasaba largos ratos de angustia, sintiendo el imán de su abismo: abismo de oro y terciopelo en cuyo fondo los brillantes, los topacios, las esmeraldas, las perlas, los rubies, las amatistas, parecían vibraciones de luz hechas cristal. Viendo aquello y acordándome de ti, mi pensamiento iba muy lejos. En mi conciencia, mi loco amor hacia ti hablaba á gritos: «Ella sería feliz con uno de estos

collares—me decía—y pues ella los desea, yo debo dárselos». Y luego: «Si no tienes dinero para comprarlos, róbalos. Eres un miserable si no robas para ella... ¿Qué te importa la opinión del vulgo? ¡Egoísta! El hombre que no es capaz de ser ladrón por una mujer, no la quiere mucho.» Esta idea, lentamente, fué taladrando mi espíritu, apoderándose de mi voluntad, revolucionando las opiniones todas que desde niño tuve acerca del bien y del mal. ¡Robar, robar para ti, para adornar tu cuello que tantas veces dió frescura á mis labios! ¡No pensaba en otra cosa!...

La emoción, sofocándole, le obligó á interrumpirse. Muy inquieta, Bebé preguntó:

—¿Y después?... ¡Sigue!

—Anoche no pude resistir á mi tentación—continuó Enrique—y salí á la calle resuelto á todo.

—¿Robaste?

—Sí... Cuando penetré en la joyería aún no sabía fijamente lo que iba á hacer. Sin embargo, me acerqué al mostrador y dije que deseaba examinar los dos collares que había en la vidriera. Cuando me los trajeron apoderóse de mí un vértigo inexplicable, un delirio que enajenó mis facultades y pareció echar sobre mis ojos una tiniebla inmensa. Rápidamente extendí una mano, cogí uno de los collares, el que hallé más cercano, y escapé. Al salir de la tienda, el dueño, que sin duda había seguido todos mis movimientos, sacó un revólver y disparó. Su puntería fué certera: la bala me traspasó los pulmones. Mas yo, en aquel momento terrible, nada sentí y continué corriendo. A mi espalda, centenares de voces acusadoras repetían: «¡A ese, á ese!...» Una multitud rabiosa lanzóse en mi persecución: yo oía el estrépito de las pisadas, el jadeo de los pechos... y me parecía ver las manos que, con el ansia de cogerme, se abrían y cerraban como garras detrás de mí... Cuando volví de mi terror me hallé en un callejón solitario; mis perseguidores no habían podido seguirme. Entonces noté que mis ropas se hallaban empapadas en sangre y que mis piernas flaqueaban. Poco á poco, amparado por las sombras de la noche, regresé aquí, á mi buhardilla, y te mandé llamar.

Las manos enjovadas de Bebé se cruzaron con un doble gesto de piedad y de horror.

—¿Y no te has curado?—exclamó—. ¿No llamas- te á ningún médico?

—No; no quise... porque si alguien me hubiera visto así, hubiera sospechado... Y he preferido morir á que me quitaran el collar que robé para ti.

Y añadió haciendo un gesto:

—Ahí está sobre la cómoda. Levanta esos libros...

Bebé hizo lo que su amante le indicaba, y entre sus dedos pálidos y blancos, como hechos de nácar y nieve, las esmeraldas, color de esperanza, resbalaron brillantes.

—¡Qué hermoso collar!—exclamó.

Y miró á Enrique sonriendo, con una de esas sonrisas que pagan el sacrificio de una vida. Pero muy luego tornó á olvidarse de la acción heroica del mozo para sólo pensar en la joya.

Enrique suspiró y llevóse ambas manos al pecho, oprimiéndose fuertemente la herida por donde comprendía que su pobre alma enamorada quería ya marcharse.

—Adiós, Bebé— murmuró.

Ella se había levantado y, en pie, delante de un espejo, se ciñó el collar. Después comenzó á mover la cabeza á uno y otro lado, apreciando los cambios de luz que formaba el verde de las esmeraldas sobre el armiño de la piel. Y sus ojos ardían con ese vigor insolente de la dicha.

—Adiós—repitió En ique.

No dijo más. Cerró los párpados. Por sus facciones deslizóse una sombra blanca.

Bebé se había acercado al lecho.

—¡Enrique, Enrique!

Le tocó la frente y las manos. Estaba frío.

—Ha muerto—dijo.

Nada la restaba que hacer allí, y dió media vuelta para marcharse. En la calle había aire puro y sol. No estaba triste. Al pasar por delante del espejo tornó á mirarse.

—Es bonito—pensó.

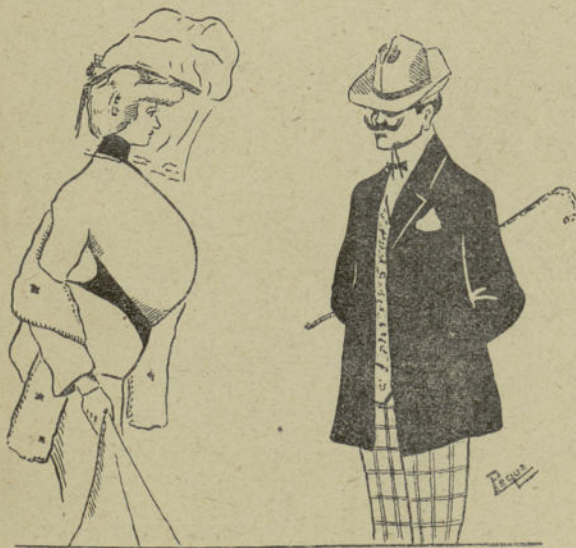
Y luego:

—Sin embargo, el collar de perlas negras me gustaba más...

Eduardo ZAMACOIS

LAS TELEGRAFISTAS INGLESAS

Ahora que ha habido conatos de huelga en el personal del Cuerpo de Telégrafos de España, no es cosa inoportuna que el público sepa que en Inglaterra las jóvenes que allí prestan ese servicio y el de Correos reciben una propina, una dote mejor dicho, del Gobierno, cuando se casan. Cada año se vota para este fin una importante cantidad, que varía entre cincuenta mil y sesenta mil duros.



—Señorita, no abuse usted del yodo, que se le va cayendo la piel.

CARTA ABIERTA

*Alicante, 15 Agosto
del mil novecientos siete. Apreciable Sinforosa:
Muehismo celebraré
que estés buena; yo, á Dios gracias,
me encuentro bastante bien.
Me costó doce pesetas
el billete, pero á fe
que es dinero bien gastao.
Tú me podrías hacer
un favor: llevar al gato
tóos los días su bisté,
quiero decir su cordilla,
pos si no va á perecer.
Aquí nos tienes bañándonos
yo y mi hombre á tutiplén.
Lleguemos con la Manuela
la del Chufas, y dimpués
de dar unas cuantas vueltas
por las calles, me topé
con Juana la verdulera
y Celipe, el chico aquel
aprendiz de zapatero,
que fué tu novio, y dimpués
de charlar de varias cosas,
con ellos me encaminé
á la posá en que moramos,
y en la que nos cobran seis
reales diarios tóos los días
por el lecho y por comer.
De esta no sé qué decirte;
digo, sí, te explicaré
lo que es el mar. Pues el mar...
en fin, chica, que el mar es
una cosa con mucha agua
y bastante mayor que
el estanque del Retiro.
El viaje lo hicimos bien,
pos en mi vagón venían
solamente ochenta y seis
personas, y devoramos
las gallinejas, café,
queso manchego, aguardiente
torraos y pan francés.
Da recuerdos á la méndiga
de Antonia, que á perecer
va de envidia cuando sepa
que veraneo. Saldré
para esa el día treinta.
Te quiere, Luisa Garcés.*

Por la copia,

José DOZ DE LA ROSA

HOJA COMICO

POLITIQUEO

LA POLICIA EN MAR

No sé si lo he soñado, ó es producto de la filosofía perversa de las multitudes.

La mujer es igual á la Corredera Alta de San Pablo, que al entrar huele á polvos, más abajo á podre.

Digamos lo mismo de la política.

Brilla en la superficie, entonada con arreboles de poderío, con desprendimientos de amor á la idea, halagando con efluvios de sacrificio el tercer sentido. Pero descendad al fondo y caeréis de espaldas: la pasión rimando congojas, la rivalidad horadando la conciencia, las convicciones desmenuzadas, hechas trizas, sirviendo de abono al egoísmo, como el rastrojo quemado sirve de germen vital á la cizaña, no siempre bien extinguida al triar del escardillo...

Las auras del otoño que asoman traen las primeras oleadas de lucha, anunciando á los combatientes que requieran las armas.

El campo se abre ya al torneo, y á la liza se aprestan los sañudos guerreros, ansiando romper lanzas y quebrar la coraza defendiendo al país, haciéndose eco de la opinión...

¿Qué es la opinión?

**

Yo la definiría diciendo que la opinión es un gorro de dormir, útil á la cabeza de los parlamentarios mientras roncan, lanzado á los pies de la cama al primer bostezo del despertar.

¿Quién, de representación bastante, no se la puso mil veces por montera?

La opinión, según el verbo creado después de Pilatos, hombre sano de corazón,



EL FRANCÉS.— Yo!
EL MORO.— Yo la!

CO-POLITICA

MARRUECOS, por Tovar.



Yo la iré poniendo.
la iré quitando.

que pedía parecer al pueblo y se aseaba las manos, no es esencia, es *cosa* adaptable á todos los gustos, arco-iris multicolor dispuesto á alumbrar muchas molleras vacías que gimen en eterna opacidad...

*
*
*

Aquello de Marruecos no sabemos en qué parará.

Francia, empeñada en entrar por uvas á la viña de Mahoma; España, limitándose á ver de qué suerte nuestros vecinos cortan los racimos africanos; y los moros, agitando los pámpanos y pregonando que á nosotros corresponde el derecho de vendimia.

Alemania comienza á amoscarse ante las *druderías* de allende el Estrecho, en tanto que Iberia recibe caricias germánicas.

Mientras las potencias se rompen los cascos pensando lo que podrá suceder, y Muley-el-Haffid se amarra el turbante, y el Sultán se rasca las narices, signo de preocupación oriental, y los hijos del Profeta se aprietan las babuchas y cargan el rifle, y las bellas huries impetran auxilio de Alá al son de la soñolienta guzla, los diplomáticos de Tánger bailan que se las pelan el *cake walk*, la *matchicha*, el *agarrao* y hasta la jota importándoles tres cominos que la humanidad rueda por el mundo como un barril de escabeche procedente de naufragio.

Minerva, de punta en blanco, no asusta á los diplomáticos de la costa moghrebina que le ponen enfrente á Terpsicore vaporosa.

Plagiaré á Morote, á la inversa.

Yo creo que, como el toro en nuestra fiesta nacional, son los únicos que tienen razón.

Gonzalo DE QUIRÓS

EL SIGLO DEL VAPOR



Estamos en pleno cen-
tenario de esas nubeci-
llas blancas y esos alien-
tos incoloros que silban
á través de las válvulas
y se hacen gotas de ro-
cío enfriándose al con-
tacto con la libertad: el
vapor es lo único que
con la libertad se enfría.
Preso entre calderas, tubos,
émbolos y pistones, es una fuerza; en
pleno aire libre, es una
ilusión que se deshace

en lágrimas como todas las ilusiones. Cien años
justos se cumplen ahora, del empleo del va-
por en las máquinas de los barcos y en la poesía
del amor. Antes del descubrimiento, las mujeres no
podían ser ni vaporosas, ni pistonudas; las espe-
ranzas no se evaporaban, las cosas no marchaban
al vapor. Fulton nos proporcionó á la vida sus en-
cantos; Fulton no era un sabio *ful*, sin *ton* ni son.

A pesar de ello, el siglo del vapor muere calla-
damente en contraposición á lo estruendoso de los
silbidos, al tumultuoso hervir de las calderas, al
fragor de protesta del poderoso prisio-
nero. La humanidad desdeña el cen-
tenario de ese gran maestro del trabajo,
quizás por poco limpio, porque enne-
grece, porque aturde; y sólo tiene amo-
res por el flúido pulcro, invisible que
vuela en alambres, mil veces más á
priesa que las semifusas sobre las lí-
neas del pentágrama.

La electricidad se apodera de todo,

incluso del amor, esa otra gran fuerza siempre vie-
ja y eternamente joven. Las mujeres *electrizan* con
la mirada; el matrimonio es un *contacto* peligroso;
los dramas pasionales son obra de un *conmutador*
que varía una corriente; la suegra es un *acumulador*
que hay que tratar con guantes de caucho; la po-
breza es el *aislador* más perfecto, y un beso puede
ser la *electrocución* de un alma.

Una *corriente* de simpatía puede fundir dos cora-
zones y, en cambio, aproximándose dos elementos
enemigos, dos *polos* opuestos, se producen la chispa
y el estacazo.

No obstante, es una equivocación creer que la
chispa es posterior á la electricidad: siempre hubo
personas que no han dado chispas y otras que las
cogen con facilidad extraordinaria; hay escritores
chispeantes, y escritores que no tienen chispa de
sentido común.

Sin embargo, la poesía de las cosas desaparece
con los adelantos de las ciencias: Fulton acabó con
el melancólico navegar de los veleros, que henchidas
las lonas por el viento se deslizaban como gaviotas
blancas, rozando las espumas de los mares.

Edison, Tesla y Torres Quevedo acabarán con
el majestuoso penacho que sube al cielo desde las
robustas chimeneas, acallarán el rugido del vapor
que forcejea bufando furiosamente y que llora en
las sirenas de los barcos.

Después de todo, nada es nuevo.

La primera corriente de *inducción* bro-
tó de la serpiente del Paraíso, y el pri-
mer vapor, según dictamen de un vie-
jo marino, se hizo en la caldera huma-
na é individual.

Sólo que los marinos viejos, los lo-
bos de mar, no le llamaron nunca
vapor; tenía otro nombre: viento de
popa.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO



DE VUELTA

*Al cuerno, brisas marinas;
al demonio, auras del bosque,
y las bandas de gaviotas
que con ese vuelo torpe
se deslizan por la verde
superficie amplia y salobre,
buscando los pececitos
que les nutra y reconforte;
urracas y trepatroncos,
mirtos, tordos, ruiseñores,
que tras ellos lepidópteros*

*van del pino al alcornoque;
monocorde de las olas,
perfumes, tonos, colores
que á la espléndida marina
dan merluzas y dentones;
la aurora cuando amanece,
y Febo cuando se pone,
y la luna cuando riela
en las olas multiformes,
y los grupos de bañistas
con sandalias y albornoces,
corriendo muy menudito
para regresar incólumes*

*desde el baño á la caseta;
y esa turba de mirones
que se contenta con ver
para soñar por la noche
con aventuras fantásticas...
id al diantre, que á la corte
me vuelvo ya trasquilado,
más obscuro que un etiope
y más limpio de moneda
que un ejército de hampones,
y más harto de viaje
que tropa de galeotes.*

Roberto DE PALACIO.

DE VENTANA A VENTANA

(NOCHEÁLOGO)

—Buenas noches, vecina.
 —Hola, vecino, muy buenas. ¡Qué calor hace!
 ¿Verdad?
 —Atroz, señorita; no se puede respirar.
 —¿No sale usted esta noche?
 —No, tengo una gran repugnancia á las noches de los domingos, y además tengo que trabajar.
 —¡Oh! ¡Qué fastidio!
 —Muy grande. Y lo peor del caso, es que me fastidio yo trabajando, y luego fastidio á los lectores.
 —Es usted muy modesto.
 —¿Qué quiere usted decirme, que hago más que fastidiarle?
 —¡No, no! Ya sabe usted lo que le he querido decir.
 —Bueno, admito la intención, y la doy las gracias.
 —¡Cuánto siento que tenga usted que trabajar.
 —¿Por qué, vecina?
 —Porque iba á permitirle invitarle á usted á que pasara á casa un ratito: esta noche tenemos un poco de reunión. Tocaremos el piano, bailaremos, cantaremos, y tendremos unas sesiones de gramófono.
 —¡Bonito programa!
 —¡Phs!... Pasar el rato. Vendrán unos muchachos muy animados que hemos conocido en el bulevar, y unas amiguitas también muy divertidas.
 —Pues con esos elementos la velada será deliciosa.
 —Tenemos discos nuevos. Uno de la Barrientos, otro de Caruso, otro de la Arana, otro de la Fons, y otro de mi tía.
 —¿Canta también su tía de usted?
 —No, que le ha comprado mi tía. Es un *vals* tocado por unos excéntricos musicales.
 —¡Ah, vamos!
 —¿Le gusta á usted el *Mochuelo*?
 —Señorita, creo que es la más antipática de las aves de la creación.
 —No es eso. Le pregunto á usted que si le gusta como cantor el *Mochuelo*.
 —¿Pero canta ya? Yo sabía que se fijaba mucho, únicamente.
 —¿Pero usted no sabe que hay un cantador de flamenco que se llama el *Mochuelo*? Pues canta muy bien. Esta noche traerá uno de los muchachos que vienen todos los discos del *Mochuelo*.
 —¡Pobre muchacho!
 —¿Por qué es pobre?
 —Porque le han hecho ustedes cargar con el *mochuelo*.
 —¡Ay, qué gracioso! Cuando venga se lo voy á decir como cosa mía.
 —Pues le hará mucha gracia. Y diga usted, vecina: ¿su papá asistirá á la fiesta, á pesar de no poder bailar?
 —¡Quia! Papá se va al café. Ha tomado mucha rabia al gramófono.
 —Es hombre de buen gusto, ¿eh?
 —No, no... Es porque el otro día se le cayó un

disco sobre un pie y le hizo muchísimo daño en un callo.

—Vea usted, y luego dicen que los discos son buenos para los callos... No se puede uno fiar de nadie.

—¡Qué gracioso! También se lo voy á decir á mi papá...

—También como cosa de usted, ¿eh?

—Sí, también como cosa mía. ¡Ay! Perdóneme usted unos momentos. Han llamado al timbre y deben de ser ellos; voy á recibirlos y volveré para despedirme de usted si no quiere honrarnos con su presencia.

—Un millón de gracias, señorita; ya sabe usted que tengo que trabajar.

—Pues, ¡hasta ahora!

—¡Adiós!

.....

 —¡Cuánto he tardado! ¿Verdad?

—Un poquito.

—Usted me perdonará.

—¡Ya lo creo!

—¿Ha oído usted algo? Porque en cuanto han llegado, como han venido juntos casi todos, han puesto en obra manos y pies.

—Sí, algo he percibido de los dos discos que han tocado.

—¡Pero si todavía no se ha tocado el gramófono!

—Pues yo he oído la romanza de *Gigantes y Cabezudos*.

—Pero no era un disco, era una de las señoritas que han venido.

—A mí me ha parecido un disco. Si yo sé que es una mujer de carne y hueso, cuando ha dicho la frase «¡Es el cartero!», le doy cinco céntimos para pagar la carta, porque difícilto yo que haya una criada que anuncie de modo más desabrido la presencia del cartero al abrirle la puerta.

—Es usted cruel.

—Créame usted, vecina: á esa muchacha la caba yo con un cartero.

—¿Por qué?

—Porque no podría cantar la romanza. ¿Qué marido tolera que su mujer diga á voz en grito que le quiere, pero *después del otro*, sin que haya quien pueda saber quién es el otro?

—¡Ay, qué gracioso! Es verdad que la letra de la romanza dice: *Es el cartero, después del otro, lo que más quiero*.

—¿Y quién es el otro?

—Ya lo ha dicho usted: que no se sabe.

—Si digo qué quién es el otro á quién también he confundido con un disco...

—¡Ah! Es el dependiente mayor de un almacén de paños, que dicen que tiene una gran voz de barítono atenorado.

—De barítono constipado será. Yo había creído que se trataba de un disco de viñas.

—¡Andal! ¡Si Viñas tiene una voz preciosa!

—Bien; pero si con lo que yo le he confundido ha sido con un disco de ferrocarriles anunciando la presencia de unas viñas.

—Es usted mordaz.

—Pero ¿usted se ha fijado bien en los cambios de tono que ha hecho? ¡Qué de variaciones, Dios mío!

—No sea usted exagerado, vecino.

—Oiga usted, vecinita: ¿no la echarán á usted de menos?

—No, señor. Yo he dicho que me venía á la ventana del patio á respirar. Está aquella sala imposible: entre las dos lámparas de petróleo, las catorce personas que ocupan el lugar escaso para cuatro, y las mamás, que han tomado posesión de los balcones impidiendo que entre el poco de aire que hace, se van á carbonizar... Gracias á que lo he previsto y he puesto cuatro botijos de los grandes y llenitos hasta arriba, para que se refresque el agua. Pero, de todos modos, tiene usted razón: yo debo estar allí.

—Sí, sí, vecina... Vaya usted á *divertirse*.

—Con su permiso. ¡Hasta mañana!

—Si se salva usted... ¡Hasta mañana!

*
*
*

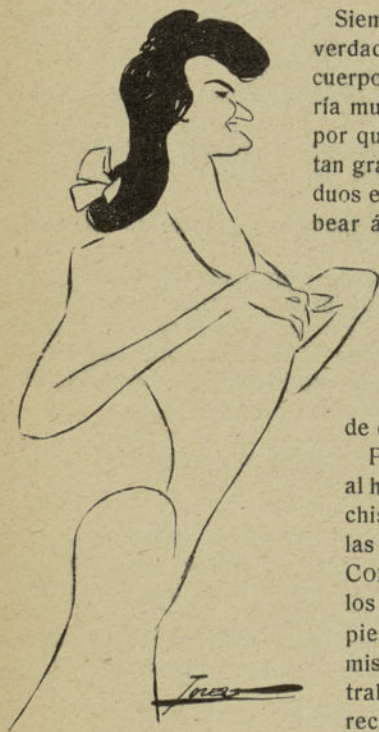
¡Manes de Luis Taboada! Inolvidable amigo Luis: ¿de qué ha servido tu titánico esfuerzo, tu cruel labor, tu tremendo sacrificio y el poner tu peregrino ingenio al servicio de la salvación de una clase social, si á través de todo ello, perdura en su fanatismo de *divertirse así*?...

¡Perdónalos!

Félix MÉNDEZ.

INFORMACIÓN TEATRAL

HABLANDO CON EL BOMBERO...



PALOU-LA

Siempre he tenido una verdadera debilidad por el cuerpo de bomberos. Sería muy largo de explicar por qué mi admiración es tan grande por los individuos encargados de bombear á todo bicho viviente en cuanto se oye el grito de alarma anunciando un incendio casual ó combinado con los secretos de los libros de caja.

Por este motivo, y al hacerme cargo de la chismografía teatral en las columnas de FLORES CORDIALES, anuncio á los lectores del incipiente semanario que mis impresiones teatrales procederán directamente del bombero ó bomberos de servicio que, con un

estoicismo admirable, estudian todos los incidentes que ocurren en los escenarios.

Como estamos al comienzo de una temporada teatral, estimo oportuno y hasta necesario que mi primera crónica se reduzca á una especie de ojeada que, con el auxilio del bombero encargado de montar el servicio en todos los teatros, voy á trasladar en estilo rápido á las cuartillas. Empieza el diálogo con mi informante.

*
*
*

A tout seigneur, tout honneur...

—¿Qué noticias tiene usted de lo que prepara la nueva empresa del Teatro Real?

—¡Hum.. hum!. Si le dijera á usted que estoy escamado.

—Caramba. ¿Y por qué?

—Porque apenas los nuevos empresarios se posesionaron del sillón que había ocupado el Sr. Arana, corrieron la voz de que habían telegrafiado á Chaliapine, á Caruso, á la Patti y á los coros de la corte celestial.

—No encuentro nada de particular en todo esto. Si pensaban contratarlos...

—¡Piscis! Eso es lo mismo que si yo le hubiera telegrafiado al sultán de Marruecos ó al emperador del Japón, que según creo se llama el Mikado: ya comprenderá usted que lo mismo esos señores que yo podíamos esperar una sola respuesta, á saber: un *miko*.

—Bueno, bueno. ¿Qué le parece á usted la compañía?

—Así, así: la encuentro decentita. Y como me gusta decir la verdad, declaro que me entusiasma el nuevo repertorio.

—Vaya, vaya. ¿Y por qué ese entusiasmo?

—Pues ahí es nada. Unas *Walkyrias* con su exhibición de penos procedentes de las cuadradas de la plaza de toros, su argumento tan inmoral como las «Aventuras de Faublas» y su tío-vivo correspondiente; una ópera japonesa con muchos abanicos, muchas linternas y otros excesos; un *Enrique VIII*, donde nos vamos á desternillar de risa viendo anacronismos fenomenales; y sobre todo, con la implantación de la ópera española, que va á ser el *desmiguen*: ya verá usted qué diálogos, qué cantables y qué frases tan despampanantes: ya me figuro estar oyendo entre la tiple y su confidenta al estilo del gran repertorio este diálogo con música fusilada:

«—Mi corazón con furia estrepitosa late!...

—Mira que *te* se enfría el chocolate.»

—Pero el abono acudirá como siempre, llenando el gran turno de moda.

—Eso ni que decir tiene... Para exhibir espaldas y contraespaldas y para despellejarse á «boca que pides», el cartel es lo de menos.

—¿Qué tenemos en el Español?
 —¡Oh! Grandes novedades. Plaza partida, es decir, dos medias temporadas con dos medias compañías. La temporada de otoño correrá á cargo de Rosar o Pino y de Emilio Thuillier, que apurará todo el repertorio de la comedia amorosa. Después vendrán de la Habana los verdaderos condes y marqueses que dirigen la compañía y comenzarán las emociones.



PINO-LA

—¿Qué emociones son esas?
 —Piano, piano.. Vaya usted enterándose. En primer lugar, la gran *tragedienne* ha encargado especialmente á todos los autores de la casa que en las obras que se han de estrenar, la ilustre actriz desempeñará tan sólo papeles de condesa ó de marquesa, y alguna que otra vez de ambas cosas á un tiempo; á renglón seguido ya tiene orden Ramón Soriano de colocar coronas y atributos heráldicos en todas partes, en el saloncillo, en los camerinos, en las puertas que dan al escenario, en los bastidores, en las bambalinas y hasta en... ya me entiende usted. Por último, la marquesina de cristales que cubre la puerta de entrada de la *Contaduría* sufrirá una reforma para que sea *marquesina con tessina* simultáneamente. ¿Qué le parecen á usted estas reformas?
 —Apocalípticas. Este año los siete días de la semana van á ser días de moda.

—Y de los demás teatros, ¿qué?
 —Pues verá usted. Dejando á un lado la Comedia, de la que hablaremos otro día, y el Teatro Lara, que también merece capítulo aparte, le diré á usted que en los teatros del género chico las variaciones carecen de importancia.
 En la Zarzuela tenemos á Joaquina Pino con otras tiple de menor cuantía y á los imprescindibles Ontiveros y Gonzalito. La contrata de Simonetti y de Gil Rey permite suponer que predominará el género serio, tan poco agradable para el público.

—En Apolo habrá *rampa* nueva, lo cual hace esperar que tendremos allí obras de gran espectáculo. Entre las tiple contratadas figura Amalia Campos, una saladísima galleguita que ha ido ganando los galones por méritos de campaña, pues comenzó de *bailaora* en el primer music-hall madrileño, ascendió á cupletista, y ahora es una tiple de cuerpo entero, que ha quitado muchos moñes y seguirá quitándolos.

—Al Cómico ha ido la gran artista (así como suena) Loreto Prado, que tiene su público, el cual la sigue «desde el helado hasta el hirviente polo», como diría un *chocanista*, y al incommensurable Enrique Chicote, que es un director de escena espléndido y «echao pa adelante».

—El Teatro Eslava será en la temporada presente la catedral sicalíptica. El *publiquito* aficionado á las broncas y á los excesos eróticos silbará ó aplaudirá las obras, según el vino que se traiga.

—Por último, en el Gran Teatro se trata por la centésima vez de atraer al público que, por lo visto, ha tirado la raya para la clasificación de los teatros extramuros. ¿Quiere usted más?
 —No, señor: *la commedia è finita*.

YAGO



LORETO-LA



FLOR DE PARIS

*Et n'est pas parfois ni toutà fait
la même ni tout à fait une autre.*

VERLAINE.

Ya sé, Horacio querido, que de todos los diletantismos es el mío el más peligroso. No se puede ser *amateur* de almas como se es coleccionista de sellos, caballista ó anticuario. Pero yo no te he dicho nunca que esté enamorado de Susana... A ella me atrae su enfermedad, sus ojeras, la delgadez y palidez de sus labios, algo muy romántico ó muy perverso que hay en sus ojos, su hablar canalla, que me excita, aquella voz dulce, que me entenece, su mirar picaresco, lo que tiene de rubia y de quebradiza, de viciosa y de mística, de virgen prerrafaélica y de gata parisiense.

Tú, que la has visto tanto como yo, no la conoces aún. Nadie la conoce. Sabemos todos que es una alhaja. Tú me has dicho que está medio loca, que bebe y se pica á la morfina. Yo te respondía que hay en ella una curiosidad malsana. Pues en mí también. Y esto nos une... Además, amo la deliciosa inconsecuencia de su espíritu. La vi ayer tres veces, y hubiera creído en tres Susanas distintas, si no supiera que ella *no es nunca la misma... ni otra*, como decía el maestro.

* * *

Verás... Una tarde, feria en Montmartre, me paseaba yo en medio de los tinglados y casetas del bulevar Clichy, molesto y entristecido por la algazara y alegría general, y mi vista distraída se fijó en el cartel de una de las barracas de Pesson. Allí estaba ella anunciada como domadora de fieras: seis hermosos leones, dos tigres, ¡qué sé yo! No quería dar crédito á mis ojos, no porque la cosa me pareciera imposible, sino por ese natural empeño que ponemos siempre en no creer lo que tenemos delante. Entré; sin embargo, y, efectivamente, allí

estaba ella en medio de sus leones, respirando el olor acre de las fieras, serena y pálida, sonriente con los delgadísimos labios, mirando á todo el mundo, con su cara de pilluelo descarado. Las pobres fieras le lamían los pies y las manos.

* * *

Poco después, en el café, á la hora del aperitivo, volvió á presentármeme. Traía un ramo de flores, lo arrojó sobre la mesa y se dejó caer en el diván llorando á lágrima viva.

—¿Por qué? — le dije.

Largamente, me contó que Nini, una amiguita suya, se había huido de la casa que ambas habitaban, llevándose casi todas sus joyas, las joyas de Susana, su mejor amiga...

—¡Y yo que creí que era amiga mía! Porque, en fin, las joyas, ¿qué me importan á mí? Un cualquiera me las pagará con creces... Pero lo que ha hecho Eugenia no está bien... ¡Y ya ves tú, conmigo!...

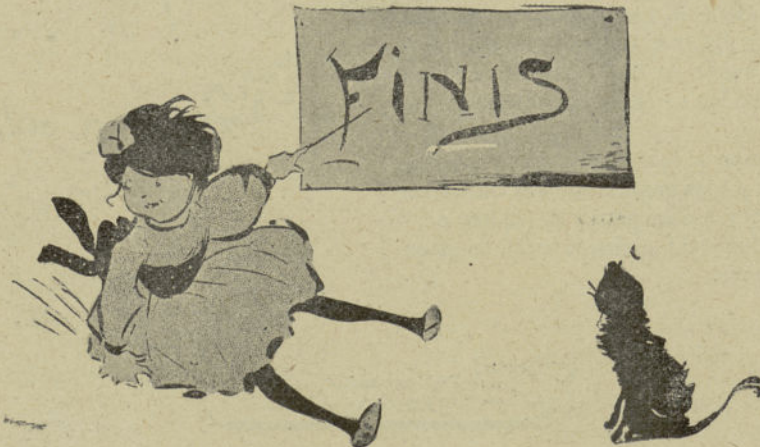
Y volvía á llorar como una Magdalena.

* * *

A la noche volví á hallarla en el Moulin Rouge. Parecía contenta, y bailaba, sola, delante de un espejo, contemplándose, sonriéndose, sin cuidar del enorme corro de admiradores y curiosos. Bailaba una danza sin nombre y sin más norma que la necesidad de ritmo de aquel cuerpo serpentino. Curvas, que trazaban sus pasos ligeros, ondulaciones de sus miembros ágiles y delicadamente redondos; lujuriosas contorsiones, lentas ó apresuradas, según la música interior de un poema lúbrico que vibraba en ella, ¡qué sé yo!... De pronto, á la mitad de un compás, se detuvo. Sin volver la cara, nos sonrió burlonamente en el espejo. Después, muy seria, se acercó al cristal, compuso sus rizos y desapareció entre los grupos.

No he vuelto á verla; pero estoy seguro de encontrarla mañana, siempre distinta, en su admirable inconsecuencia. Ni la misma, ni otra, como decía el maestro.

Manuel MACHADO



—Seguramente—respondió el *Hechicero*—habrás oído hablar de personas y de animales que han sido convertidos por la magia en otra clase de criaturas...

—Sí que he oído tales cosas hace ya muchísimos años... Pero ¿cómo y en qué he sido yo transformado?

—Si lo supiera te lo diría. Sabe solamente que no serás más lo que eres, porque volverás á ser lo que fuiste antes de vivir con las abejas.

Y empezando á andar, cortó bruscamente la conversación, despidiéndose del viejecito.

—Adiós—dijo.—Mis estudios y mis trabajos me llaman y no tengo tiempo que perder.

Lo ocurrido perturbó en gran manera la tranquilidad del *Hombre Abeja*. ¿Qué sería él en adelante?—pensaba.—Y echando á correr tras el *Hechicero*, logró darle alcance.

—Vos sabréis, amable señor—le dijo—¿en qué he sido convertido? Decídmelo, por favor.

—No—respondióle el *Hechicero*.—Mis estudios no han profundizado lo bastante para saberlo. Soy muy joven aún, y hasta que llegue á viejo no sabré más... Tú eres el que puedes descubrirlo por ti mismo si analizas tus pensamientos de los tiempos pasados y los combinas con los de hoy. Cuando lo hayas hecho, que para ti será cosa muy fácil de hacer, satisfarás tu curiosidad presente.

Y volvió á alejarse, esta vez muy apresuradamente, y pronto se perdió de la vista del *Hombre-Abeja*.

Éste decidió regresar á su choza. Hallábase más inquieto que

NUESTROS CUENTOS

(Traducción y propiedad exclusivos de FLORES CORDIALES.)

EL HOMBRE-ABEJA

POR F. R. STOCKTON

EN cierto antiguo y olvidado país vivía un anciano, feo de cara, desaliñado en el vestir, encogido de cuerpo y atezado de piel; pobre, tan completamente pobre y miserable, que por vivienda sólo tenía reducidísima choza, en la que apenas podía moverse, y por cama un tablero duro y áspero.

Este anciano era, á pesar de todo, feliz, muy feliz. Apenas se mantenía de otra cosa que de miel, miel dulcísima fabricada por las abejas, y como era goloso en extremo y disponía á su sabor y á su voluntad de todo el dulce que apeteciera, he aquí la causa de su sin igual felicidad.

Disponía el anciano á sus anchas de riquísima miel, porque para levantar su choza había elegido el lugar donde las abejas fabricaban sus colmenas. No las tenía miedo; al contrario, bien

pronto se hizo amigo de ellas; es decir, ellas buscaron la amistad del intruso, al que primero intentaron picar y clavar sus agujones; pero esto fué tarea imposible: el *Hombre-Abeja* (así era llamado en todo el contorno nuestro héroe) tenía la piel tan áspera y dura que los insectos se convencieron de que bien podía ser para ellos cosa mejor aprovecharse del anciano que maltratarlo. Y así fué como se cuidaron tanto de picarle como se cuidaban de clavar sus garras en una piedra.

Muy pronto quedó convertida la choza del *Hombre-Abeja* en inmensa colmena, pues los laboriosos animalitos fabricaron sus panales en todos los rincones que aquella ofrecía, y también en los vasares, bajo la reducida mesa, por todo el rededor del grosero banco donde el anciano se sentaba, y aun en el tablero en que dormía. En la única habitación de nuestro héroe no se oía otra cosa que el zumbido de los insectos; pero ello no era obstáculo para que el *Hombre-Abeja* comiera y durmiera libremente y dueño de sí mismo: toda aquella familia que en su rededor volaba era amiga suya.

Tan amiga, que llegaron á tomarse las abejas gran confianza con el anciano. Cierta mañana, bien tempranito, dispúsose éste á dar un largo paseo por el campo, y, al efecto, se vistió con un viejo colete de cuero que colgaba de un clavo de su habitación; al ponérselo, se encontró con que un enjambre de abejas había fabricado su colmena en el amplio bolsillo de la prenda. Ni qué decir tiene la alegría, la sorpresa agradable que el anciano experimentó. ¡Eso de tener tan á mano la miel que hasta se le metía en los bolsillos, era cosa en la que él ni siquiera pudo soñar! ¿Soñar, digo? ¡Sí, valientes sueños! ¡Realidad, y sólo realidad! Las

abejas del bolsillo habían trabajado muy industriosamente, y el pobre viejecito tomó un trozo de panal para desayunarse. ¡Y que no lo hizo con ganas!

Pensando el *Hombre-Abeja* en su felicidad, cavilaba al mismo tiempo que no haciendo daño á los insectos que se habían introducido en su bolsillo, aumentarían en número y producirían mayor cantidad de miel, y así tendría él siempre la comodidad de comer donde quisiera, pues podría llevar la colmena al lugar donde se le antojara. Y decidido á aprovecharse de esto, dirigióse alegremente á la aldea próxima para obsequiarse con un banquete: iba á caminar parte de la miel que llevaba con unos trozos de pan y de carne.

Caminaba despacito y sonriente el anciano, cuando á él se acercó un hombre que iba precisamente en dirección á su choza. Era el tal un joven hechicero, instruido en las artes de la magia y de la nigromancia, que se interesaba mucho por el *Hombre-Abeja*, á quien conoció de vista en una de sus correrías. En el *Hechicero* despertaba gran curiosidad la persona del viejecito, al cual había estudiado detenidamente durante algún tiempo, con objeto de ver si era persona apropiada para desarrollar en ella las distintas reglas y leyes de la brujería. «¿Por qué este *Hombre-Abeja*, se preguntaba el *Hechicero*, es lo que es, pudiendo ser otra cosa mejor?» Y cuando ahora lo vió, se encaró con él y le dijo estas palabras:

—¿Sabes que has sido transformado, y que en adelante serás distinto á lo que fuiste hasta hoy?

Sorprendióse el *Hombre Abeja*, y preguntó á su vez:

—¿Qué queréis decirme con eso?

BUZÓN

Ozeliyo.—*In nominis patris...* La primera carta llegada con trabajos literarios, me ha partido por los riñones.

Yo acabaré mal en este *Buzón*, lo veo claro.

Esas cosiyas que uté manda, zeñó *Ozeliyo*, son guasa viva.

‡ La octava real es de Zorrilla, la redondilla, de Campoamor, y la canción á Laura, seguramente del Petrarca.

Con franqueza; ¿usted es usted, ó usted es los siete años de Ecija?

Juan Marcos.

«Es mi mujer una hembra morrocotuda hasta allí.»

Si, ¿eh?

Ya decía yo que llamarse Juan y además Marcos, era preciso que la cesta de los papeles estuviera cerquita.

Arsénico.—Irá el romance. El soneto es flojo. Haga otro y mándelo.

No publicamos fugas. Únicamente cuando se trate de la vecina.

Don Ramiro.

«Al despuntar el alba matutina me encontraba debajo de una encina.»

No diga usted más.

Usted no es *Don Ramiro*.

Usted es una bellota.

Matelote.—Es muy bonita la composición.

«En tanto que ella con placer miraba,

yo remaba, remaba;

y remando conduje la barquilla

hasta la misma orilla.

Después volví á remar con embeleso
soñando un dulce beso...»

—¡Gachó, no es usted nadie metiendo los remos!

El gaitero. Imposible complacerle. He ido á postrarme de hinojos ante la imagen de Cristo, pidiéndole voluntad para insertar sus versos, y nada.

Consuélese tocando la muñeira.

Señorita B. N.—La rima («A una caja de polvos») huele á pornografía, inconciliable con FLORES CORDIALES, que despide aromas delicados.

Y usted me huele á cosaco.

Si realmente fuera usted señorita, no daba yo por su virtud ni dos pesetas.

Dedíquese á escardar cebollinos.

Prevost.—El romance de esgrima saldrá, es ingenioso. Pero cuidado con el sable, ¿eh?

Rolando.

ROMPECABEZAS



Formar con los fragmentos un soldado de centinela.

(La solución en el número próximo.)

RESTAURADOR VITAL. El vino de cerebri-
na es un verdadero y enér-
gico dinamógeno del cerebro, sistema nervioso y
muscular, así como un maravilloso restaurador
de las fuerzas sexuales en el hombre, aun en la
ancianidad; su buen efecto es rápido y seguro, sin
que jamás dañe el organismo. 5 ptas. Prim, 13
(antes Saúco), farmacia.

EL LIBRO DE LA BELLEZA

por **Tosmae**, debe tenerlo la bella para conservar su her-
mosura y la fea para adquirirla. A 3 pesetas librerías de Es-
paña. Cutis blanco y rosado, puntos negros, ronchas. Irrita-
ciones, quitaarrugas (patas de gallo). Depilación **verdad**.
Crecimiento de cejas y pestañas, barba, bigote. Aumento,
dureza y ondulación de pechos, hombros. Modificación de
la nariz. En Madrid á 3 pesetas, Fe, Puerta del Sol, 15; San
Martín, Puerta del Sol, 6, y otras. Va correo certificado en-
viando 3 pesetas en sellos á **La Avispa, Madrid**.

Droguería y Perfumería

Y

FABRICA DE BARNICES

DE

Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia
civil y carabineros.

Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90

(FRENTE Á LA FUENTECILLA)

MADRID

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre.....	1,50	pesetas.
Extranjero, un año.....	9	francos.
Número suelto, 15 céntimos.		

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana.....	120	pesetas.
Media ídem.....	60	»
Cuarto de ídem.....	35	»
Octavo de ídem.....	20	»
Segunda plana.....	100, 50, 25 y 15	»
respectivamente.		
Tercera plana.....	90, 45, 20 y 10	»
Anuncios breves. Línea corriente,	50	céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.